

PENITENCIARÍA.—VISITA DEL SEÑOR PRESIDENTE.

## Manifestación Obrera.

Producto de la civilización y de la cultura de los pueblos es, sin duda alguna, la unión de los individuos que los componen.

Ahondando en el pasado, remontrándonos á épocas antiquísimas para seguir, siquiera sea á largas jornadas, el desarrollo y perfeccionamiento del instinto gregario de la humanidad, veremos que, primero, el hombre vagaba solo, satisfaciendo apenas sus necesidades de macho fuerte y brutal; que después se unió íntimamente á la mujer y formó la familia; que unas familias se asociaron á otras constituyendo las sociedades; que la liga de las sociedades organizó á las tribus; que el enlazamiento de las tribus dió vida á las naciones, y que así fuertes porque se habían unido, los hombres avanzaron desde entónces con más firmeza, con más rapidez en el camino del progreso por donde ley fatal los impulsaba.

En la vida social moderna iguales tendencias, idénticas aspiraciones, análogos deseos de ayuda y protección mutuas impulsan á los individuos á asociarse estrechamente; á cambiar impresiones; á estudiar con las luces que unos y otros aportan, los medios mejores para su perfección y mejoramiento, así como para su defensa en la lucha de la vida que,

á medida que pasan los años se va haciendo más penosa y más difícil, por lo cual los combatientes deben estar cada vez mejor armados para no sucumbir.

Las agrupaciones mutualistas abundan en Chihuahua; podrá haber separadamente en los programas de cada una de ellas diversidad en los detalles de orden secundario; pero el fin perseguido por todas es el mismo: la ayuda mutua, el progreso de sus miembros.

Y las sociedades mutualistas chihuahuenses, fundadas sobre bases sólidas, cultas y hospitalarias; constituidas en su mayoría por obreros, supieron con dignidad y talento presentar los homenajes de su respeto y consideración al grande hombre que nos visitaba.

Los álamos y los sauces que bordean las callejuelas enarenadas del "Parque Lerdo de Tejada" erguíanse en quietud, bajo la calma augusta de aquella tarde de oro.

Por el Paseo Bolívar, en donde la multitud formaba doble valla, á uno y otro lado de la vía extendíanse, ondulantes, largas tiras de lienzos tricolores, en tanto que innúmeras banderas flotaban sobre los mástiles; y en el centro de la hermosa avenida por la cual, en las tardes dominicales, las damas de la aristocracia chihuahuense

se pasean su distinción y su elegancia, el largo desfile de coches iba tras el carruaje presidencial que avanzaba en medio de una tempestad de aplausos.

Tenía aquel rumor de entusiasmo quién sabe qué virtud milagrosa que en el alma de la muchedumbre en fiesta abría emociones intensas, que parecían mezclarse con la sangre y correr por las venas y que se alzaban hasta los labios para estallar en aclamaciones delirantes.

Los rosales del parque ya no tenían flores porque el Otoño se las había arrebatado, pero los árboles copudos, bajo cuya sombra apacible y paternal, junto á cuyos troncos vigorosos el estudiante prepara su lección, el laborante reposa y el paseante melancólico medita, seguían ostentando toda su pompa y toda la brillantez de los ya pasados días de verano.

La tarde comenzaba á declinar, y era aquella tarde llena de dulzura como el rostro de una afable hermana religiosa; y en el declinar de la tarde dulce y bella, en aquel mar humano que rumoraba, hubo de improviso unos momentos de reposo; los vehículos detuvieron su marcha; los labios enmudecieron, y entónces el Sr. Alfonso Galindo, en representación de las sociedades obreras de Chihuahua, siendo eco fiel de los sentimientos que á todos los miembros de la respetable clase animaban, dejó oír su voz clara y sonora, pronunciando el siguiente discurso que provocó una nueva y frenética ovación tributada por el pueblo en masa al Héroe de la Paz.

Dijo así:

“Señor Presidente:

Designado para ser en este acto solemne, el intérprete de los sentimientos que anidan en los pechos varoniles de los dignos obreros chihuahuenses, no he sabido negarme al desempeño de tan alta y delicada

comisión, por la confianza que me anima de que vos, señor Presidente, pasando por alto la modestia y sencillez de mi palabra y la obscuridad de mi persona, sabréis limitaros á justipreciar la pureza de tales sentimientos.

Uno de esos acontecimientos, raros por cierto, que entrañan beneficios generales, que levantan el pecho y hacen palpar los corazones de patriótico entusiasmo, es para el círculo mutualista de Chihuahua vuestra galante visita á esta ciudad; y la bienvenida que él os dá, señor Presidente, si bien modesta en la forma, es positivamente sincera en el fondo; y no podría ser de otro modo, en tratándose de vuestra alta personalidad, porque además del inmenso respeto á que por mil títulos sois acreedor, tenéis á vuestro lado la gratitud de todo el pueblo obrero, á quien consagráis tan especial atención, para el cual siempre habéis tenido frases de aliento, y al que siempre habéis estimulado en la práctica del bien, con vuestro irreprochable ejemplo de virtudes, tanto públicas como privadas.

Como bueno, luchásteis con espartano denuedo en los campos de la libertad; como patriota culminásteis y cuando la patria lo reclamaba, fuisteis pródigo de vuestra sangre; mas no bastando todo á vuestra noble ambición, imitando al águila caudal, salvásteis precipicios y distancias; cruzásteis los espacios con vuestro genio infatigable, hasta que lográsteis escribir en las páginas de oro de nuestra historia lo que faltaba en ella para hacerla perfecta. Sí; porque de esas páginas de gloria se destacaban ya los nombres de incontables guerreros; de gigantescos patriotas sin mácula; de innúmeros sabios y legisladores, prez y orgullo de la tierra bendita de Cuauhtémoc; pero faltaba el nombre de un prominente político, de un egregio Esta-

dista, y vos lo escribisteis con letras de diamante; pero no con palabras sino con hechos que son el orgullo más legítimo de vuestros gobernados y la admiración de los que legislan en extraño suelo.

Cuando en 1876 ocupásteis por vez primera la Presidencia de la República, os dirigisteis á vuestro pueblo y lo saludásteis con las mismas palabras con que el Redentor del mundo saludó á sus absortos discípulos, al surgir de la tumba y reaparecer ante ellos en Galilea:

Paz á vosotros!

Y de tal modo aquella augusta salutación encarnó en vuestra personalidad política, que la Paz, esa excelsa matrona, fuente del progreso humano en sus más espléndidas y multiformes manifestaciones, no ha abandonado un solo instante vuestro magnífico y necesario programa de gobierno, que bien pudo, quien supo hacer la guerra, probarnos que también sabía hacer la paz.

Y de esa paz, que como perenne

cascada de brillantes ha prodigado á México incalculables beneficios, se ha levantado airosa, fuerte y henchida de patrióticos anhelos, la redentora clase media, aquí representada por las respetables sociedades mutualistas, que por mi humildísimo conducto os dan, señor Presidente, la más entusiasta y cordial bienvenida en la progresista y hospitalaria ciudad de Chihuahua.”

Parecía que las auras vespertinas, cargadas del aroma de los bosques lejanos, pasaban cantando quién sabe qué leyenda fastuosa de los siglos idos; imaginábase que el cielo claro y azul era una inmensa tienda de campaña á cuyo amparo la multitud fraterna se había congregado para cantar un himno á la concordia, al trabajo y á la paz. Al expirar el sol, un gran mantón violeta arropaba las montañas, y por la larga avenida llena de banderas y de murmullos la caravana siguió su marcha, lentamente, . . . . . lentamente. . . . .

MANUEL AGUILAR SÁENZ.



## Ante los monumentos de los Héroes.

En la plaza que lleva el nombre del Cura Mártir, se levanta, símbolo de gratitud, el monumento á los primeros insurgentes que dieron la vida por la Patria.

Un adorno de buen gusto: banderas tricolores, festones, inscripciones de hechos gloriosos, sirven de marco al monumento, y como fondo del cuadro, una tarde serena de otoño, las ramas de los verdes sicómoros que semejan inmensos abanicos agitados por la brisa, y en la altura una parvada de golondrinas que tienden el vuelo hacia el sur.

Una comisión espera al pie del monumento y ante él llega el Gobernante que ha sabido conducir á la Patria por senderos de paz y de prosperidad; viene á ofrendar al Padre Hidalgo una corona de flores odorantes, tributo de amor y de admiración del Héroe vivo al Héroe muerto.

Cuando este acto sencillo y solemne á la vez, se efectúa, la multitud, emocionada y conmovida, recuerda las épicas hazañas del Caudillo que en las épocas de prueba supo escribir con metralla brillantes páginas de gloria en los anales de México, y hoy, hombre de corazón y buen ciudadano, con paso firme y el espíritu en alto llega á rendir parias á la memoria del Libertador, y mientras el

piloto que ha llevado á la Nación á puerto de bonanza se inclina reverente ante la estatua del Cura de Dolores, éste sonríe desde la región de los inmortales y el crepúsculo tiende sus lienzos de oro, sepia y grana en los lejanos mares del ocaso.

La comitiva presidencial se pone en marcha, el pueblo entusiasta y patriota ovaciona al ilustre huésped de la capital fronteriza, histórica y hospitalaria.

Por las umbrosas avenidas se dirige el General Presidente á ofrendar otra corona, á dejar una prueba de sincero cariño ante la estatua del Reformador, del Benemérito Juárez, que abrazado á la enseña de tres colores llegó, ha muchos años, á la tierra de Ojinaga y Coronado, tranquila la conciencia y con la serenidad de los apóstoles; trayendo en sus manos el honor de la Patria y la salvación de la República.

En la glorieta, que lleva el nombre del Patricio, vuelve á detenerse la comitiva presidencial; otra comisión espera al Héroe de la Paz que deja su tributo ante la estatua del Presidente de Bronce que yergue su figura, estoica y serena, en el crucero de las amplias avenidas, mientras á su alrededor inclinan con respeto los fresnos y los abedules sus ramajes de esmeralda.

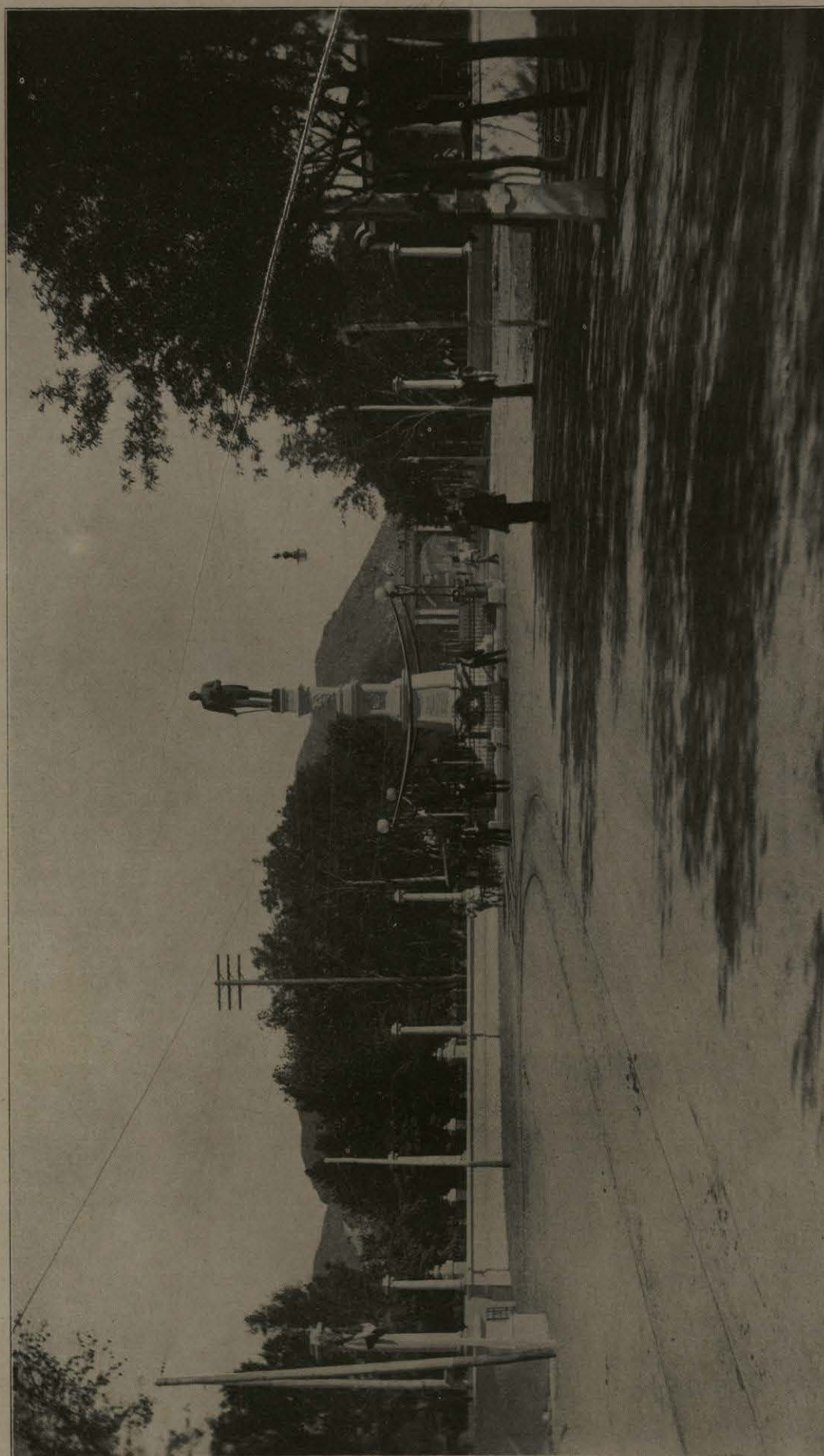
La obra de Juárez ha sido coronada; bien puede el gran Indio de Guelatao dormir tranquilo el sueño sin sueños de que nos habla el poeta; en el concierto de las Naciones México figura con honra; sitio preferente tiene entre los grandes hombres el soldado-estadista que hoy rige sus destinos.

Los focos de luz semejan cocuyos inmensos, las banderas ondulan besadas por los céfiros y las auras, se oye la algarabía de los pequeñuelos, el rumor de oleaje de la multitud, el sonoro redoblar de los tambores y los toques vibrantes de los clarines; mientras el Pacificador continúa su marcha triunfal allá hácia donde ga-

naderos, agricultores, mineros, industriales, todas las fuerzas vivas del Estado, muestran en sus exposiciones, de una manera innegable, cómo bajo el amparo de la paz, bajo la égida del gobierno fuerte y sabio de Porfirio Díaz, va Chihuahua al Progreso, sin tropiezos, sin vacilaciones, con la certeza de llegar á la cima donde la gloria corona á los vencedores con el simbólico laurel.

Las primeras estrellas, como gemas luminosas, bordan la bóveda azul, de un purísimo azul de nuestro cielo boreal, y sigue la multitud aclamando con delirio al Héroe de la Guerra y de la Paz.

MANUEL ROCHA Y CHABRE.



EL MONUMENTO Á JUÁREZ.

## Crónica

de los actos celebrados por las escuelas para solemnizar la visita  
del C. Presidente de la República,  
los días 13 y 14 de octubre, en la ciudad de Chihuahua.

### I

Día 13. - Valla y desfile á la llegada del Sr. Presidente,  
á las 5 p. m.

Con inusitado alborozo se vieron desde las 4 de la tarde avanzar por las diversas calles de la ciudad, en correcta formación, los batallones escolares y los grupos de alumnos que marchaban á los puestos que de antemano se les había designado, y ya á las 4½ estaba formada la valla de alumnos que había de hacer los honores, á su paso, al señor Presidente de la República. Los batallones escolares ocupaban un largo trecho, desde el Arco de Minería hasta el Monumento á Juárez, y era lo más lucido de toda la valla de alumnos por sus flamantes uniformes, sus fusiles, sus tambores y cornetas, sus brillantes banderas y su correcta formación en el orden siguiente:

Escuela de Artes y Oficios. Uniforme obscuro.

Escuela Anexa de Niños. Uniforme blanco y negro.

Batallón de Zacapoaxtlas. Uniforme café y blanco.

Escuela N° 138, de Niños. Uniforme azul obscuro.

Escuela N° 139, de Niños. Uniforme de kaki.

Escuela N° 142. Uniforme azul.

Escuela N° 217. Uniforme blanco.

Escuela N° 218. Uniforme blanco.

Escuela N° 141. Uniforme azul claro.

Batallón popular de niños. Uniforme de pantalón de pechera.

La valla continuaba luego constituida por las escuelas de niños y mixtas, y alumnos del Instituto, hasta llegar al Nuevo Mercado, desde donde tomaba un aspecto más alegre y brillante formada por alumnas todas vestidas de blanco y con moños tricolores, del Instituto, la Escuela Industrial, las Escuelas 137, 140, Anexa y Párvulos, extendiéndose así hasta el frente de Palacio. Ocupaban en seguida el resto de la calle Libertad los niños de las escuelas particulares y á continuación las niñas hasta la residencia presidencial, terminando así la valla por esa nota alegre y vistosa de dos filas de niñas albeantes agitando los colores nacionales.

En esta valla estaban representados el Colegio Palmore, el Bautista, el Alemán, el de la Divina Providencia, y las escuelas "Filomática," "José M. Mata," "Sagrado Corazón," "Guadalupe" y Seminario.

En toda la extensión de la valla desde el Monumento á Juárez, los alumnos agitaban banderitas, dando á aquellas largas é interminables filas el aspecto más risueño, brillante y vistoso que puede imaginarse; al que formaba marcó gris obscuro, como para darle mayor realce por el contraste, la multitud de gente de trajes grises y oscuros que se formaba detrás, en las ventanas, en los balcones y en las azoteas, ávida de ver encarnar ante sus ojos de un momento á otro la ideal figura del Héroe de la Guerra y de la Paz.

Llegó la hora suprema, retumbaron los cañones y una inmensa expectación corrió por toda la fila de alumnos y espectadores. Los clarines y tambores de la guarnición formada en valla desde la Estación hasta el Arco de Minería, saludaron en triunfo al señor Presidente y un escalofrío paralizante por un momento el corazón de los batallones escolares les anunció que el pasado glorioso y el glorioso presente de su patria historia se acercaba. ¡Momento de suprema expectación! Los clarines de los batallones escolares entonaron la marcha de honor, sus banderas de seda y oro saludaron al Héroe, mil fusiles de soldados niños se le presentaron. ¡Era el saludo de la patria de mañana al héroe de hoy y de ayer! A la mente de cada niño venían, en ese momento, las guerras de reforma y de intervención estu-

diadas en la escuela, y se sentía feliz, orgulloso, de contemplar y rendir honores al Héroe ideal que forjara en sus recuerdos históricos, hoy hecho carne y vida ante sus ojos.

El señor General Díaz, con el rostro visiblemente conmovido y sombrero en mano, con esa mirada afable y penetrante que nunca olvidarán los niños, los saludó al pasar, marcándose en su rostro la magnífica impresión causada por los halagos de aquellas almas tiernas é ingenuas que instruidas en la escuela, con pleno conocimiento de causa, le rendían su tributo de admiración.

Pasados los honores militares de los batallones escolares, llegó el señor Presidente á la extensa y al parecer interminable fila de blancas niñas. Aquí la salutación tuvo otro aspecto muy distinto, pero no menos vistoso y conmovedor: Las niñas á su paso enarbolaban las banderas, y las tremolaban saludando con los colores de la patria al Jefe de la Nación que habían aprendido á venerar en la escuela, y así llegó el señor Presidente á su alojamiento entre el tremolar de las banderas de la niñas y los vítores de la multitud que estaba detrás de ellos en banquetas, ventanas, balcones y azoteas, y entre los gritos de júbilo y entusiasmo de una muchedumbre del pueblo que lo seguía rodeando su carruaje y ocupando una gran parte de la calle Libertad, interpuesta por el empuje de su afecto y admiración entre él y la tropa, la cual se aprestaba á encabezar el inmenso desfile que hubo después, de multitud de sociedades y de las escuelas, ante el balcón presidencial.

## II

## Desfile de los batallones escolares, el día 14, á las 8½, ante el señor Presidente.

A la hora fijada apareció en el balcón presidencial el señor Gral. Díaz, acompañado de los señores Ministros Lic. D. Olegario Molina y Gral. D. Manuel González Cosío, del señor Gobernador del Estado, del señor General D. Luis Terrazas, del señor Director General de Instrucción Pública y de otras honorables personas.

La descubierta de la columna, formada por el batallón de la Escuela Anexa de niños, llevando al frente su banda de cornetas y tambores, asomaba ya por la calle de la Libertad, dando al aire las alegres notas del paso redoblado y marchando en columna de honor por pelotones. Su lucido uniforme de kepí y chaquetín negros, pantalón blanco y polainas negras, avivado por botones dorados y alegrado aún más por risueños semblantes infantiles, atraía las miradas de infinidad de espectadores que formaban valla en la calle de la Libertad.

Seguíale el batallón de Indios Zapoaxtla, representado por niños de las Escuelas números 138, 139, 217 y 141. El histórico batallón portaba con toda propiedad el uniforme de los heroicos indios, compuesto de sombrero de palma de copa baja y ala plana, camisa blanca cubierta por un poncho café ceñido en la cintura, calzón blanco arremangado, cacle, y media café, simulando el color del indio. Los oficiales portaban sombrero charro, blusa blanca y pantalón ajustado. Este batallón fué el gran éxito de los desfiles escolares, pues llamaba poderosamente la

atención del público y de los extranjeros y era notable por su uniformidad y disciplina.

Marchaban á continuación los batallones de las escuelas números 138, 139, 141, Batallón Popular de niños y Escuela de Artes y Oficios, todos con bonitos uniformes y distinguiéndose la última por su grave corrección y porte marcial, ajustada por su propia naturaleza, más que las primarias, á la disciplina militar.

Era todo un hermoso conjunto de mil soldados del mañana, que ocupaba la calle de la Libertad, y marchaba con aire triunfal, en correcta disciplina, pintándose en todos los semblantes de los soldados niños, el orgullo de representar á los soldados del porvenir, instruidos y llenos de cariño patrio y de verdadero civismo, ante el Jefe de la Nación Mexicana, que con la sonrisa en los labios, desde el balcón veía avanzar las hileras de mil semblantes que con amor y convicción de héroe lo contemplaban, de mil fusiles que aún no señalaban el pecho del enemigo, sino todos al cielo azul como una esperanza risueña para la Patria.

La algazara que armaba la clarinería infantil y el redoblar de sus tambores, daban la nota alegre y viva de aquella mañana caldeada por un sol de fuego, cuyos rayos chispeaban en las pupilas de los niños, abrillantaban los colores nacionales de las bandas, cortinajes y gallardetes que ondulaban en toda la calle, se reflejaban en la seda y oro de las banderas de los batallones,